

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario

Una de las lecciones que mis padres nos enseñaron a los seis de nosotros desde niños es que “No se corrige un error cometiendo otro.” Como todos los niños, si alguien iniciaba una pelea con uno de nosotros, teníamos una solución muy simple: respondíamos peleando. Nuestros papás nos decían: “No peleen.” Nosotros decíamos: “Él empezó.” Nuestros papás decían, “No importa quién empezó. Está mal que peleen. No se corrige un error cometiendo otro.” Fue una lección difícil de aprender, y que todavía se aplica incluso a los adultos. Si alguien nos ofende, a menudo pensamos que eso nos da el derecho de regresar la ofensa. Si alguien te dice un nombre ofensivo, te insulta, te engaña, discute contigo, o te golpea, por instinto natural tú vas a reaccionar de la misma manera o peor. Eso es un impulso infantil. Sin embargo, si alguien peca en contra de nosotros, eso no nos da ningún derecho a pecar en contra de esa persona. Siempre, siempre estamos llamados a ejercer el buen comportamiento, acciones nobles, la cortesía, la humildad, la gracia, y sobre todo la caridad. Nosotros no aprobamos la acción de la otra persona, así que no debemos imitarla.

La primera lectura de hoy es una profecía de Isaías que normalmente escuchamos durante el Adviento. Se prevé un día en que Dios vendrá a salvar a su pueblo, para iluminar los ojos de los ciegos y para abrir los oídos de los sordos. Isaías dice: “Saltará como un venado el cojo, y la lengua del mudo cantará. Brotarán aguas en el desierto.” Él imagina un tiempo increíble cuando a los oprimidos no simplemente se les restaurará sus derechos, sino que van a experimentar la belleza, la salud y la abundancia también. Jesús cumplió esta profecía a través de los milagros que obró, como el milagro del evangelio de hoy: Abrió los oídos de un hombre sordo y le aflojó la lengua para ayudarle a hablar con claridad.

Isaías pronunció su profecía original a un pueblo que había experimentado tremenda opresión. En el período del exilio muchos de ellos perdieron sus vidas y sus bienes, mientras eran sometidos a las penas de expulsión de su hogar y la separación de la familia. Los israelitas habían experimentado estos problemas porque no guardaron el pacto con Dios, sino también debido a que sus enemigos se estaban aprovechando de ellos cuando estaban derrotados. Sus enemigos cometen el mismo tipo de delitos que los niños y los adultos lo hacen hoy en día: insultos, engaños y peleas. El Instinto natural de Israel debió haber sido insultar, engañar y pelear. Eso sería supuestamente la acción de un “vengador y justiciero”.

Pero Dios era un vengador y justiciero de una manera diferente. Él no le dio a Israel armas más potentes. Él no les dio líderes fuertes. No permitió que causaran más daño a sus enemigos de lo que ellos ya habían recibido. No, Dios ofreció este tipo de reivindicación: la vista, el oído, la salud, la música y el agua. Dios le dio a la gente las herramientas que necesitaban para vivir una vida civilizada, no para prolongar el ciclo de la violencia y el terror.

Las Naciones hoy en día parece incapaces para romper el ciclo de violencia. Ellos responden rápidamente a una sola ofensa con otro ofensa, por lo que no siempre tenemos buenos modelos para construir la paz en nuestras familias. Por lo que el viejo dicho sigue siendo válido: No se corrige un error

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario

cometiendo otro. Si alguien nos hace daño, podemos hacerle daño también, o podemos romper el ciclo y tratarlos con caridad. De alguna manera tenemos que detener la ira y los pleitos especialmente dentro de las familias. Cuando hacemos esto, estamos ayudando a Jesucristo a que cumpla la profecía de Isaías, y trayendo paz, vida y alegría al mundo.